

La primera mariposa

Siempre igual todos los años.
Cuando el invierno desmaya
y en el huerto se insinúan
los retoños en las ramas,
y florece el duraznero,
y los pájaros se llaman
preludiando sus amores,
yo no sé qué fuerza extraña,
qué designio misterioso
va á golpear á mi ventana . . .

Al entrar dentro mi alcoba
la sutil caricia alada
del primer rayo aurorino,
—alerta de la mañana—
siento como si dos brazos
de mi lecho me arrancaran,
pues que llegaron los días
de beber luz de alborada.

Y yo salgo presuroso,
fugitivo de mi casa;
en los labios una estrofa,
en el cielo la mirada,
voy rondando por las calles
rumbo á una plaza lejana.
Que allí es el gentil asiento
donde ríen y se hermanan,
la poesía de la aurora
y el casto amor de las plantas . . .

Que allí sucumbe la prosa
de las sendas ciudadanas
y se hinche de armonías
la brisa de la mañana,
que sólo el poeta gusta,
que sólo al poeta halaga.

Que allí me siento dichoso
frente al verde panorama
extendido ante mis ojos,
y me parecen que bajan
desde el oriente incendiado
banderas de sol en llamas
que flamean victoriosas . . .

Y la ventolina vaga
fugitiva entre las flores,
ora besando una planta
que despierta estremecida
y de sueño se descarga,
ora rompiendo los broches
de flores inmaculadas . . .

¡Bendito lugar de encanto
y poesía esa plaza!
En una como glorieta
que en el centro se levanta,
hay un banco,—confidente
de mis líricas nostalgias—
ruinoso banco de piedra
besado por una rama
de un árbol viejo y sombrío,
que se le acerca y lo llama
como se buscan los viejos . . .

Y allí voy en las tempranas
horas del día á sentarme,
cuando el invierno desmaya

y la estación de las flores
se está anunciando cercana
en los retoños que brotan
y en los pájaros que cantan.

Siempre igual todos los años:
quiero esperar la llegada
de una blanca mariposa,
la primera, la avanzada
de un cortejo de sutiles
mariposas de alas blancas,
que van á robar dulzuras
á las flores de la plaza.

Volandera mariposa
esa de alas nevadas
que todos los años viene
á visitar á las plantas.
La veo venir desde lejos,
abiertas las blancas alas,
que se me fingen los pliegos
de un mensaje que volara . . .

Y en un revuelo agitado
la veo entrar á la plaza
y posarse jadeante
en un brote de retama,
que al débil peso se inclina
con rubores de zagala,
cual si hubiese comprendido
que, de entre todas las plantas,
ella gustó el primer beso
de la mariposa blanca.

Peró solo un breve instante
permanece allí posada;
Pues de nuevo alzando el vuelo,
va á asentarse en una rama

de un rosal, cuyos botones
se entreabren á la llegada
de la gentil mariposa.

Y tras la caricia blanda
con que desposa á las flores
del rosal con la mañana,
vuela de nuevo la reina
por las flores de la plaza,

Y llega á los alelíes,
y á las florecidas dalias,
y á los rientes jazmines.
y á los claveles que sangran,
y á los lirios que se agobian,
y á las azucenas castas,
y á las humildes violetas,
y en todas deja la maga
visitante de las flores,
la caricia de sus alas
y el beso de sus antenas.
Que es la mariposa blanca
quien trae un mensaje de gloria
á las flores y á las plantas . . .
Mensaje de Primavera,
diosa de luz y bonanza
vestida de poesía,
que da flores á las plantas,
á los pájaros un nido
y al corazón esperanza.
Diosa que viene riendo
y por doquiera derrama
sueños de amor y ventura;
diosa de mágicas galas
que teje ensueños y amores,
que los pesares apaga,
que las congojas ahuyenta,
que enciende anhelos y ansias

en los vivires serenos;
que mueve y alza y contagia
su alegría bienhechora
á los vivires en calma;
que presta lumbre y encanto
juvenil á las miradas;
que pone en una sonrisa
que los labios deshilvanan
espontánea y dulcemente,
una chispa de alborada
interior, íntimo anhelo
de una naciente esperanza . . .
como si un gajo marchito
diera un retoño en el alma . . .
Diosa gentil que hermosea
las tardes y las mañanas
con la sutil armonía
de las dulcísimas áuras,
que remedan las querellas
de violines y de flautas.
Diosa de los días gloriosos,
diosa de las noches blancas,
diosa bendita y amable,
diosa de las Siete Gracias . . .
Yo te aguardo hecho poeta,
llena de luz la mirada,
el corazón palpitando
en la postrera esperanza
que me dejó el infortunio . . .
Esperanza que levanta
mi espíritu á las serenas
regiones de paz y calma,
donde se asocian ideas
de dulces horas de infancia;
donde acuden en tropeles
los recuerdos de lejanas
horas de amor y de dicha,
horas que traen nostalgias

de aquellos primeros labios
que ruborosos temblaban
dando el «sí» y el «yo te amo»,
romance de tres palabras,
preludio del primer beso . . .

Por eso todos los años,
cuando esas alitas blancas
que anuncian la primavera
se agitan entre las ramas
despertando la sonrisa
de las flores de la plaza,
cruza en mi mente la idea
de otra mariposa blanca,
que en un pasado lejano
descendió de una ventana
vestida de enredaderas,
abierta sobre esa plaza,
y me trajo la sonrisa
hecha mariposa blanca,
de una mujer de ojos garzos
y dulcísima mirada,
mujer de ensueño insoñado
que abrió una dorada página
en el libro de mi vida,
página en que se señala
la aurora de los amores,
minuto floral del alma
que sólo una vez se vive . . .

Carlos C. SANGUINETTI.